

LEÓN, FRAY LUIS DE (1527 – 1591)

GEÓRGICAS DE VIRGILIO  
(Traducción libre)

GEÓRGICA PRIMERA

Lo que fecunda el campo, el conveniente  
romper del duro suelo, el sazonado  
juntar la vid al olmo, y juntamente  
cómo se cura el buey, cómo el ganado,  
y de la escasa abeja diligente  
su industria, y saber mucho no enseñado,  
aquí, Mecenas claro, comenzando  
por orden cada cosa iré cantando.

¡Oh, vos, lumbreras claras de la vida,  
que el año producís andando el cielo,  
alma Ceres y Baco!, si en florida  
espiga por don vuestro mudó el suelo  
la primera bellota, y la bebida  
con las halladas uvas perdió el yelo,  
y vos, dioses propicios del aldea,  
venid, Faunos, a do mi voz desea.

Venid, Faunos, venid, coro lucido  
de Dríadas, pues vuestros dones canto:  
y tú, Neptuno, a quien el campo herido  
con el grande tridente, con espanto  
el caballo produjo, y del florido  
bosque el cultivador; y de otro canto  
de novillos pastor tres veces ciento,  
que pacen de la Cea el grueso asiento.

Y tú, pastor de ovejas, Pan, dejados  
tus bosques y tus valles de Liceo,  
si son de ti tus Ménalos ya amados,  
ven presto favorable aquí, ¡oh Tegeo!;  
y tú, Minerva, ven, que a los collados  
la gruesa oliva hallando diste arreo;  
y el mozo inventor del corvo arado,  
y el del ciprés entero por cayado.

Y vos, dioses y diosas igualmente,  
cuantos tenéis por obra y por oficio  
la guarda de los campos, juntamente  
aquellos que con vuestro beneficio  
las mieses levantáis no sin simiente  
y aquellos que enviáis del edificio  
del cielo, para el bien de los sembrados,  
largos hilos de lluvia derramados.

Y finalmente tú, de quien se duda  
a cuál divinidad serás alzado,  
o si de lo terreno que se muda  
querrás y de tu Roma el gran cuidado,  
de arte que, colgada de tu ayuda,  
la redondez te adore coronado  
con el materno mirto frente y sienes,  
señor del aire y campo y de sus bienes.

O si fueres del mar por dios tenido,  
y a ti solo adorare el marinero,  
y Tule lo postrer de lo sabido,  
y diere por ti Teti el mar entero,  
por ti para su yerno, o añadido  
a los meses tardíos por lucero  
en el lugar que está desocupado,  
entre Virgo y las Quelas asentado.

Que, si lo miras, ya para tu asiento  
los brazos encogió el Escorpio ardiente,  
y más de la mitad con miramiento  
te deja de su silla reluciente;  
pues, o te venga de esto más contento,  
o seas el que fueres finalmente  
-que no te esperará rey el infierno,  
ni tú desearás tan mal gobierno,

aunque el Elísio campo Grecia admire,  
y Proserpina huya demandada  
volverse con su madre-, así que inspire  
en mí tu dēidad apiadada  
del labrador que ignora por dó tire,  
y da favor a aquesta empresa osada.  
Ven, pues, y desde luego acostumbrado  
aprende como dios ser invocado.

En el verano nuevo cuando el frío  
humor en la alta sierra desatado  
desciende, convertido en largo río,  
y el campo con el céfiro alentado  
el seno afloja, que cerraba el frío,  
al punto gima el buey con el arado  
hincándolo, y la reja, desgastada  
con el arar relumbre como espada.

Aquella mies sin duda corresponde  
con lo que siempre el labrador desea,  
que en dos tiempos el yelo en sí la esconde,  
y en dos tiempos el sol la ve y recrea;  
sus frutos las paneras rompen, donde  
se encierran; mas tu estudio y vela sea  
antes de abrir con reja el nuevo suelo,  
las mañas conocer el viento y cielo.

Los vientos y los modos diferentes  
del aire y sus diversas calidades,  
lo propio de las tierras, las simientes  
qué huyen o a quién hacen amistades;  
que aquí se dan los trigos, las ardientes  
uvas mejor allí, las variedades  
de frutas hallan dicha en otra parte,  
y lo que sin cultura nace y arte.

¿No ves, por aventura, cómo envía  
Cilicia su azafrán; el indio feo  
nos da el rico marfil? ¿Y cómo cría  
incienso el viciosísimo Sabeo;  
los Cálibes dan hierro, y a porfía  
el Ponto el venenoso castoreo;  
y Epiro en dar las yeguas tiene gloria,  
que en Elis se aventajan con victoria?

Que luego, en el principio, divididas,  
la suya a su lugar, naturaleza  
aquestas leyes puso, establecidas  
con liga y ñudo eterno de firmeza;  
luego cuando las piedras esparcidas  
lanzó Deucalión por la grandeza  
del yermo suelo y tierra espaciosa,  
de do los hombres nacen, dura cosa.

Ansí que, como digo, el mes primero

del año el fuerte buey con el arado  
trastorne el fértil suelo, porque quiero  
que cueza con su ardor el quebrantado  
terron el seco estío; y si es ligero  
el campo, a la ligera sea tocado;  
allí, porque no ahogue yerba el trigo,  
aquí, porque no espire el jugo amigo.

También harás que a veces repartido  
goce el segado campo de reposo,  
y que por luengo espacio entorpecido  
con moho se endurezca el perezoso;  
o sembrarás cebada allí, venido  
su tiempo, de do en vaina sonoro  
o coges el legumbre, o fue arrancada  
de do por ti la arveja delicada;

o de donde sacaste del lupino  
triste la caña flaca vocinglera.  
Mas quema, adonde nace, el campo el lino,  
y la bañada en sueño dormidera  
le quema, y las avenas. El contino  
uso trocando, así pues se aligera,  
con tal que sin empacho ni recelo  
hartes de estiércol grueso el flaco suelo.

De estiércol y ceniza torpe, inmunda,  
esparce largo el campo adelgazado,  
que así y mudando esquilmo se fecunda  
la tierra; y no es ninguna del no arado  
suelo la utilidad. A la infecunda  
haza provecho a veces ha causado  
quemarla, y que al rastrojo seco asido  
corra abrasando el fuego y dé estallido.

O porque así se esfuerza ocultamente  
y más se engruesa el campo, o porque luego,  
quemado lo vicioso totalmente  
perece, y suda el daño con el fuego;  
o porque aquel ardor eficazmente  
descubre más caminos y lo ciego  
relaja de los poros, por do venga  
el jugo a lo sembrado y lo mantenga;

o es porque endurece el fuego al suelo,  
y aprieta más las venas desatadas,

a que ni recios soles, ni del cielo  
las lluvias muy menudas enviadas,  
ni el cierzo penetrable, envuelto en yelo,  
le abraze. Y mucho sirve a las aradas  
quien rompe los terrones descuidados  
con puntas y con zarzos arrastrados.

No mira al que esto hace del dorado  
cielo la roja Ceres sin provecho,  
ni menos al que el brazo atravesado  
los lomos que alzó arando en el barbecho,  
los corta de través con el arado,  
y al sesgo diligente y al derecho  
la tierra sin cesar desasosiega,  
y doma y trae sujeta ansí la vega.

Húmedos equinocios, fríos serenos,  
labradores, pedid, que el polvoroso  
yelo da ricos panes, hace amenos  
prados; y si presume de abundoso  
el suelo de la Frigia, y si sus llenos  
campos admira el Gárgaro gozoso,  
desta sazón de tiempo más le viene,  
que de cuanta cultura y labor tiene.

¿Qué diré del que luego que ha esparcido  
la simiente, prosigue, y del arena  
flaca lo amontonado y mal asido  
deshace, y que después con larga vena  
del agua que le sigue, el esparcido  
campo baña; y lo mismo cuando pena,  
y hierve el abrasado suelo ardiendo,  
y sus yerbas que en él se van muriendo;

al punto de la altura recostada  
abre camino el agua, que cayendo  
hiere las lisas piedras, y encontrada,  
ronco murmullo mueve, y templando  
la tierra abierta y seca de abrasada;  
y del que en yerba el vicio va paciando  
de las mieses, que igualan las aradas,  
porque después no se echen de granadas?

¿Del que el humor en lagos recogido  
con bebedora arena lo destierra?  
El río, mayormente si salido

de madre, y largamente por la tierra  
en los inciertos meses extendido,  
con cieno que dejó la ocupa y cierra,  
por do las anchas fosas llenas sudan  
con aguas que estantías no se mudan.

Y no -dado que el hombre y buey a una  
cultivando la tierra y trabajando,  
hayan aquesto hecho- no es ninguna  
la ofensa que el mal ánsar hace andando  
y las grullas de Tracia y la importuna  
endibia los sembrados enredando  
con sus amargas hebras, ni es beleño  
las sombras a los panes muy pequeño.

Que el mismo Padre eterno quiso en parte  
no fuese la labranza del barbecho  
fácil, y fue el primero que con arte  
los campos meneó, porque de hecho  
el cuidado forzoso fuese parte  
para aguzar el torpe humano pecho;  
no consintiendo que su monarquía  
se entorpeciese con pereza fría.

Porque ante de su reino por ninguno  
el campo ni fue arado ni mollido,  
ni el señalar con lindes cada uno  
su parte o el dividir fue permitido;  
servían al común sin miedo alguno;  
la tierra daba fruto no pedido,  
él ansimismo puso mal veneno  
a las serpientes negras en el seno.

Él les mandó a los lobos que salteen;  
al mar que se levante, y, sacudida,  
quiso que miel las hojas no goteen;  
y dél la luz del fuego fue escondida,  
los vinos que corrían no se veen,  
que fue por él su vena reprimida,  
para que imaginando el uso hiciese  
las artes poco a poco y las puliese;

y para que buscasse el trigo arando,  
y para que del seno el escondido  
fuego, a los pedernales golpeando,  
sacase. Allí primero fue sentido

el barco de los ríos, y allí, cuando  
redujo a cierta suma, y su apellido  
compuso a cada estrella el marinero,  
Osas, Virgílias, Hiadas, Lucero.

Y entonces se inventó el cazar las fieras  
con lazos, y con ligas engañosas  
el enredar las aves, y las fieras  
selvas cercar con canes; las undosas  
mares con redes largas barrederas  
el uno escudriñaba; y con ñudosas  
mangas el otro hiriendo a su albedrío,  
el hondo penetró del ancho río.

Y entonces el rigor del hierro vino,  
y fue la cortadora sierra hallada,  
que a fuerza de las cuñas cortó el pino,  
fácil para el hender, la edad dorada.  
Nacieron muchas artes, que el contino  
trabajo pertinaz y la apretada  
falta, que en lo preciso no reposa,  
todo lo sobrepuja poderosa.

Ceres nos enseñó a romper la tierra  
con hierro, cuando ya casi faltaba  
bellota en el sagrado monte y sierra,  
y la comida Epiro nos negaba;  
mas luego al pan le vino nueva guerra,  
la niebla dañadora, que gastaba  
la espiga, y el baldío y desechado  
cardo, que se erizaba en el sembrado.

Ahóganse las mieses, sube y crece  
selva desagradable, abrojo, espina,  
y en lo que cultivado resplandece  
reina la grama inútil, la malina  
avena; y si tu mano desfallece  
en perseguir con rastro a la contina  
el campo, y si no espantas con ruido  
las aves, o con honda y estallido;

si no estrechares tú con podadera  
las sombras del umbroso y negro suelo;  
si en el otoño y en la primavera  
con votos no pidieres agua al cielo,  
en vano ¡ay! los montones de la era

ajena mirarás, y tu consuelo,  
con que consolarás tu merecida  
hambre, será la encina sacudida.

También nos convendrá que dicho quede  
qué armas ha de usar el esforzado  
rústico, sin las cuales no se puede  
sembrar, ni mejorar lo ya sembrado.  
La reja es lo primero, y le sucede  
el roble del muy grave y corvo arado,  
la carreta de Ceres Eleusina,  
que despacio volviéndose camina.

Los trillos, las rastreras, los pesados  
rastros desigualmente, los tejidos  
cestos, alhajas viles, los trabados  
zarzos de rama y mimbre, los debidos  
arneros al dios Baco, que ayuntados  
con acuerdo tendrás y apercebidos  
de antes todos éstos, si la amada  
gloria del fértil campo te es guardada.

Con tiempo, allá en la selva, retorcido  
con fuerza valentísima es domado  
el olmo para cama, y constreñido  
recibe forma en sí de corvo arado;  
de allí por ocho pies sale extendido  
derecho así el timón, y a cada lado  
su oreja y su dental, y de antemano  
se corte al yugo el tejo bien liviano.

El tejo y la alta haya, y juntamente  
la esteva se apareje, que plantada  
detrás en el arado prestamente  
vuelva las bajas ruedas; y colgada  
la leña dura en el hogar caliente,  
allí será del humo examinada.  
Y puédote decir otras mil cosas,  
que los ancianos mandan provechosas.

Mil cosas, si te place estar atento,  
y tan menuda cuenta no es penosa:  
la era, lo primero, de cimienta  
trastórnala, y con greda pegajosa  
macízala después, y desde el centro  
por toda alderredor con poderosa

y bien rolliza piedra ansí rodando,  
lo desigual del suelo irás quitando,

porque no nazcan yerbas, ni, hendida,  
el polvo en ella reine, ocasionada  
a ser de mil cojijos ofendida,  
que a veces hace en ella su morada  
y su troj el ratón, y su manida  
el topo ciego pone allí cavada,  
y el sapo allí se halla cada día,  
y cuanta sabandija el suelo cría.

Y a veces el gorgojo átala y gasta  
grande montón de trigo, y la hormiga  
ensila mucho más de lo que basta,  
temiendo la vejez pobre y mendiga;  
que si tu diligencia no contrasta  
mil daños amenazan a la espiga;  
y atenderás también, si te es gustoso,  
adivinar lo estéril, lo abundoso.

Atiende cuando en flor el almendrera  
se viste por el campo, y de florida  
las ramas encorvare; la panera,  
si el fruto viene a colmo, enriquecida  
será por un igual, y grande era  
verás con gran calor; mas, si caída  
la flor, se fuere en hoja, muy menguadas  
espigas trillarás, y mal granadas.

Y visto he yo que muchos sembradores  
los granos medicinan, y primero  
con alpechín los bañan, con licores  
otros, para que el fruto más entero  
hincha la falsa vaina, y los ardores  
del fuego, aunque pequeño, más ligero  
los cuezan y enmolezcan, y aún he vido  
el trigo desdecir muy escogido.

He visto que después de gran cuidado  
desdice poco a poco, si el humano  
velar en cada un año lo granado  
no escoge y lo mejor con propia mano:  
que ansí por ley en todo lo criado  
decae y vuelve atrás el ser liviano,  
y viene, empeorándole contino,

a estado menos bueno y menos dino.

No de otra forma y modo que acontece  
al que con remo y fuerza apenas lleva  
el barco el agua arriba, si enflaquece,  
y si de cuanto puede no hace prueba,  
si acaso el brazo afloja y desfallece;  
ya la raudal corriente se le lleva  
y al punto en pos de sí arrebatado,  
y como cuesta abajo despeñado.

Y, allende de esto, importa el tener cuenta  
(tanto a nosotros como al marinero,  
que el Ponto y que el estrecho Abido tienta  
llevado por el mar ventoso y fiero  
al patrio y dulce nido donde asienta)  
con el Arcturo y con el Carretero,  
sus Cabras y su día y juntamente  
con la Culebra austral resplandeciente.

Cuando la Libra iguales horas diere  
al sueño y a la vela, y justamente  
la redondez por medio dividiere  
entre la noche y luz, el buey valiente  
traed a la melena, y por do fuere  
con mano, ¡oh, labradores! diligente  
esparcid las cebadas, hasta cuando  
lo crudo del invierno venga helando.

Y por el mismo modo es apropiado  
tiempo para entregar el lino al suelo,  
y de la dormidera el dedicado  
grano a la santa Ceres sin recelo,  
cuando está seco el campo, y el nublado  
alto y suspenso se anda por el cielo;  
mas de las habas es la sementera,  
cuando aparece ya la primavera,

Y a ti también, alfalfa, los llovidos  
sulcos te acogerán bien en su seno,  
y al mijo en cada un año a sus debidos  
cuidados sazón viene y tiempo bueno,  
cuando ya el blanco Toro con lucidos  
cuernos del año nuevo, y del sereno  
aire la puerta abriendo, se pusiere  
el Can contraria estrella, y le cedere.

Empero si labrares para el trigo  
las tierras, o si para las cebadas,  
y fueres de los panes sólo amigo,  
primero se te escondan las llamadas  
Virgalias, y primero como digo  
se esconda la Corona, que entregadas  
al sulco las simientes le confíes,  
y al suelo sin sazón tu año fíes.

Que muchos comenzaron, no caída  
la Maya, mas al fin la espiga vana  
burló sus esperanzas. Si esparcida  
la arveja, o vil favelo, o la gitana  
lenteja fuere en precio de ti habida,  
su tiempo te dirá, su sazón sana  
sus rayos el Bootes cobijando;  
comienza, y llega al yelo así sembrando.

Que por aqueste fin del sol dorado  
la redondez del cielo dividida  
con número medido y limitado,  
por doce claros signos es regida,  
y en cinco zonas todo está cortado;  
la una de las cuales encendida  
la tiene de continuo el sol presente,  
y el fuego que la tuesta eternamente.

De aquesta alderredor, las dos postreras  
por la siniestra y por la diestra mano  
se extienden verdinegras, con las fieras  
lluvias, con el rigor del yelo insano;  
y entre éstas y la media van dos veras  
dadas por don, al hombre, soberano,  
y en ambas al través hecho el camino  
por do los signos andan de continuo.

Que cuanto se levanta el cielo alzado  
encima los alcázares Rifeos,  
tanto se va sumiendo recostado  
hacia el Ábrego y Libia y los Guineos.  
Aqueste quicio vemos ensalzado;  
debajo de los pies aquellos feos  
y hondos infernales; el Cerbero  
le ve, y del negro lago el mal barquero.

Aquí va dando vueltas la Serpiente  
grandísima, a manera de un gran río,  
por entre las dos Osas reluciente;  
las Osas que en el mar nunca el pie frío  
lanzaron; mas allí continamente  
que es calma, dicen, todo y estantío,  
en noche profundísima, espesando  
lo oscuro las tinieblas y engrosando.

O dicen que la Aurora, despedida  
de aquí, les lleva el día, y al momento  
que torna a descubrirsenos nacida,  
y que de sus caballos el aliento  
nos toca, de la tarde la lucida  
estrella allí con presto movimiento  
sus luces les enciende. Por manera  
que el cielo nos es seña verdadera.

Es seña que nos dice sin engaño  
del aire las mudanzas revoltoso,  
la mies, la sementera, y cuándo el año  
concede dar el remo al mar undoso;  
cuándo se puede al agua echar sin daño  
la nave, y cuándo el pino poderoso  
con su sazón debida viene a tierra,  
cortado en la fragosa y alta sierra.

Ansí que no es sin fruto el tener cuenta  
en ver si nace el signo, o si se pone,  
y el año que con una y justa cuenta  
de cuatro tiempos varios se compone.  
Si fuere que la lluvia no consienta  
salir al labrador, no se perdone  
de hacer mil cosas, que, la nube huida,  
convienen y se hacen de corrida.

Que el labrador la reja allí embotada  
afila de su espacio, y cava el leño  
en barco; o si le place, a su manada  
almagra, y el montón grande o pequeño  
a cuenta le reduce; es aguzada  
la horca de dos puntas; alza el dueño  
el roto valladar; allí se apresta  
lo que la vid caediza tiene enhiesta.

Entonces con los mimbres es tejido

el fácil canastillo; tuesta el fuego  
entonces las espigas, y es molido  
el grano con la piedra, y al sosiego  
santo el hacer también le es permitido  
por ley algunas obras, porque el riego  
no hay fiesta que lo vede, ni es vedado  
cercar con valladares el sembrado.

Ni menos el armar al ave engaño,  
ni el encender los cardos, ni el roñoso  
ganado zabullir en fresco baño;  
y a veces sobrepone al espacioso  
asnillo el labrador, conforme al año,  
aceite o vil manzana, y va y gozoso  
le torna del mercado a su morada  
con pez o cualquier piedra aderezada.

Y para el trabajar, también la luna,  
a días, es feliz en su carrera;  
huye su quinta luz, en quien a una  
Tesífone nacieron y Meguera,  
y el Orco verdinegro y la Laguna;  
y en tal día la tierra lanzó afuera  
con parto abominable a Tifoeo,  
a Jápeto, Porfirio, Reto y Ceo.

En tal día produjo infelizmente  
a todos los hermanos conjurados  
de dar asalto al cielo osadamente.  
Tres veces procuraron levantados  
sobreponer al Pelio el eminente  
Osa y Olimpo, y fueron derrocados  
tres veces con el rayo soberano  
los montes, que el furor alzaba en vano.

Empero es felicísimo el seteno,  
que al décimo sucede, en poner vides,  
en el domar los bueyes, y es muy bueno  
para tejer lo urdido; y si partides  
de vuestra casa, el propio es el noveno  
aunque es malo a los hurtos y a sus lides.  
Y a cosas es mejor la noche fría,  
o cuando al alba el suelo se rocía.

De noche muy mejor la paja leve,  
de noche mejor mucho el seco prado

se corta, que a las noches se les debe  
un correoso humor; y desvelado  
a los candiles largos del sol breve  
con hierro aguza alguno delicado  
la tea, y su mujer, que también vela,  
corre la lanzadera por la tela.

Corre por el telar, y engaña el duro  
y luengo trabajar así cantando,  
o cuece el dulce mosto al fuego puro,  
el cobre hirviendo a tiempos espumando;  
mas el estío al trigo ya maduro  
la hoz aguda aplica, y volteando  
en la espaciosa era, son trilladas  
las mieses, del calor del sol tostadas.

Ara cuando se puede arar, desnudo,  
y siembra por el mismo modo y arte;  
que el tiempo del invierno es como nudo,  
que ata al labrador la mano y arte;  
que cuando reina el frío y yelo crudo,  
los labradores por la mayor parte  
gozan de lo allegado, y juntamente  
a veces es convidan dulcemente.

Convídalos a ello el tiempo helado,  
hecho para el regalo, y que del pecho  
desata las congojas y cuidado;  
como cuando con viento al fin derecho  
entran el puerto dulce y deseado  
cargados los navíos de provecho;  
alegres con laurel los marineros  
coronan a los árboles veleros.

Bien es verdad que es propio a la cosecha  
del roble y del laurel y verde oliva,  
y del sangriento mirto, y que aprovecha  
para enredar la grulla fugitiva,  
para poner al ciervo en red estrecha,  
seguir la liebre, herir la corza esquivada  
con honda que estallide, en cuanto al suelo  
la nieve cubre, al río enfrena el yelo.

¿Qué diré del otoño y su mudanza,  
ya cuando van los días de corrida,  
lo que se ha de velar en la labranza?

¿Y cuando va el verano de vencida,  
y cuando por los campos la mies lanza  
y eriza sus espigas conmovida,  
y en las cañas los granos ya cuajados  
de leche, se demuestran muy hinchados?

Que he visto yo en la siega misma, y cuando  
llamaba el labrador los segadores,  
de mil contrarios vientos batallando  
venir las guerras todas y furores,  
que de raíz las mieses arrancando  
enteras, por los aires voladores  
subieron; y llevó la caña, el grano,  
envuelta en torbellino el soplo insano.

Y viene muchas veces desde el cielo  
de agua innumerable un golpe fiero,  
y las nubes derraman sobre el suelo,  
que el cierzo amontonara, un mar entero;  
húndese el alto cielo, y lo que al yelo  
y al sol labrara el buey, el aguacero  
lo anega, y quedan llenos los fosados;  
los ríos resonando van hinchados.

Crece los hondos ríos; todo el llano  
con olas hervorosas bulle, y luego  
del nublado tenebroso la alta mano  
lanza tronando rayos hechos fuego  
con que la tierra tiembla, con que en vano  
las alimañas huyen, con que el ciego  
y abatido pavor generalmente  
los ánimos humilla de la gente.

Mas él con tino ardiente, fervoroso,  
o las Ceraunias puntas encumbradas,  
o el Ródope o el Ato montuoso  
derrueca; y luego al punto, desplegadas  
sus alas, se redobla furioso  
el ábrego, y la lluvia, desatadas  
las nubes, espesísima; al crecido  
viento la playa y bosques dan bramido.

Pues con recelo desto pon cuidado  
en advertir los meses, las estrellas,  
los signos do se esconde el viejo helado,  
y a do el Cilenio esparce sus centellas;

mas sobre todo da lo situado  
a las diosas y a Ceres, grande entre ellas,  
a quien festejarás con larga mano,  
fenecido el invierno, en el verano.

En las primeras yerbas santo ofrece,  
cuando se viste el campo de hermosura;  
entonces el cordero es gordo y crece,  
al sueño baña entonces la dulzura;  
entonces ya, cocido, se enmollece  
el vino, y de la sombra la espesura  
entonce es agradable en la montaña,  
entonces, pues, tu rústica compañía.

Adore, pues, a Ceres lo aldeano,  
y tú el panal le mezcla, y leche y vino,  
y la dichosa hostia vaya a mano  
tres veces de las mieses el camino;  
la gente le acompañe y como ufano  
y llame así con voces de contino  
a Ceres, y ninguno sea osado  
la hoz meter primero en lo sembrado;

la hoz en las espigas, si primero,  
de encina coronado, no dijere  
a Ceres su cantar, y placentero  
con saltos descompuestos la sirviere.  
Y porque con indicio verdadero  
podamos conocer lo que viniere,  
las lluvias, los calores, los estíos,  
los vientos que producen yelo y fríos:

el cielo estatuyó lo que la luna  
nos dice, que por meses se renueva;  
qué signo aplaca el viento, y lo que una  
y muchas veces visto es cierta prueba  
para que el labrador por ley ninguna  
de la cabana lueñe el ható mueva;  
mas junto alrededor de su morada  
apaste receloso su manada.

Que en yendo ya los vientos a alterarse,  
las costas de los mares conmovidos  
comienzan enojadas a hincharse,  
y se oyen por las sierras estallidos;  
resuenan las riberas, que turbarse

empiezan, o se espesan los ruidos  
del bosque y sus murmullos de hora en hora,  
indicios de la fuerza movedora.

Y apenas ya las ondas se contienen  
de hacer a los navíos guerra fiera,  
cuando del mar sus cuervos prestos vienen  
trayendo vocería a la ribera;  
y cuando las cercetas se detienen  
y espacian por lo seco, y la junquera  
y los sabidos lagos olvidando,  
la garza sobre el nublo va volando.

Y vemos muchas veces los cometas,  
si vientos se aparejan, derrocarse  
del cielo, y de sus llamas luengas vetas  
en pos de sí luciendo señalarse,  
por las oscuras noches y secretas,  
y muchas revolando levantarse  
las pajas y las hojas ya caídas,  
y plumas sobre el agua andar movidas.

Mas si fulmina de do el Cierzo espira,  
si truena donde el Euro vive y mora,  
cuanto del prado y campo el cielo mira  
anda nadando todo en breve hora;  
y todo marinero en la mar tira  
las velas hechas agua y las mejora;  
mas nunca por faltarles el aviso,  
la lluvia al hombre ofende de improviso.

Porque o la grulla luego alzando el vuelo  
como el vapor del valle se levanta,  
le huye, o la becerra vuelta al cielo  
atrae el aire a sí, o suena y canta  
la rana en el charcal su antiguo duelo  
o vuela y no se cansa ni quebranta  
de andar cercando el laso a la contina  
mil veces la parlera golondrina.

O saca del secreto de su techo  
los huevos de ordinario la hormiga,  
cursando su sendero angosto, estrecho;  
y por beber las mares se fatiga  
el arco grande de colores hecho;  
o el escuadrón de cuervos de la amiga

comida en grande número volviendo,  
con las espesas alas hace estruendo.

También del mar mil aves diferentes,  
y las que en torno de los asios prados  
los lagos escudriñan diligentes,  
los lagos del Caistro no salados  
verás cómo a porfía hombros, frentes  
se esparcen y rocían, y en los vados  
ya corren, ya se sumen, y así en vano  
se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja también llama  
la lluvia con voz llena, y se pasea  
a solas por la arena; y por la llama  
del odio y vil candil, si centellea,  
las siervas que, mandadas de su ama,  
velan de noche e hilan su tarea,  
conocen el llover, porque producen  
las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,  
llovido, colegir lo raso y puro;  
que ni en los celestiales resplandores  
se muestra la luz bota, el rayo oscuro,  
ni menos en la luna, los tenores  
que siguen de su hermano rojo y puro,  
ni andan por el aire derramadas  
como unas lanas blancas y delgadas.

Ni menos en el sol las alas tienden  
los alciones de la Teti amados,  
ni los lechones con la boca entienden  
en derramar los haces desatados;  
mas antes a los valles se descienden,  
y en ellos se recuestan rellanados  
los húmedos vapores, y en el techo  
apenas abre la lechuza el pecho;

apenas viendo que es el sol ya ido  
canta, y el esmerjón se ve ensalzado  
altísimo en el aire; y su debido  
paga por el cabello colorado  
la Ciris, que o do quiera que del nido  
cortando por el cielo va delgado,  
la sigue el enemigo crudo y fiero

con grande estruendo y con volar ligero.

Sigúela el esmerjón por donde quiera,  
y ella de la parte do él se avía,  
con ala el aire líquido ligera  
huyendo va cortando, y se desvía;  
y sus voces los cuervos o tercera  
o cuarta vez repiten a porfía,  
y a veces en los árboles alzados,  
no sé con qué dulzura alborzados,

alegres, más que suelen, travesean  
consigo y con las hojas, con ruido;  
y cuando ya las lluvias no gotean,  
gustan de reveer su dulce nido,  
y sus pequeños hijos. No que sean  
por esto más divinos en sentido,  
ni, cuanto a lo que creo, que por hado  
más cierto o más discurso les sea dado;

sino que cuando el tiempo variable,  
y el movedizo humor su senda altera,  
y el Ábrego con soplo deleznable  
lo ralo espesa, afloja lo que fuera  
espeso; luego aviene que lo instable  
del ánimo se trueca en su manera  
y siente agora el pecho un movimiento,  
y otro si conduce lluvia el viento.

De aquí vienen aquellos acordados  
cantos que dan las aves gorjeando;  
el juego y el placer de los ganados,  
los cuervos con los cuellos pompeando.  
Mas si los soles miras presurados,  
las lunas que los siguen rodeando,  
ni el día venidero hará engaño,  
ni la serena noche burla y daño.

La luna en el principio que su puro  
ardor, que se le torna, va cogiendo,  
si con oscuro cuerno el aire oscuro  
cercare en sí, gran lluvia aperciendo  
se va contra la mar y suelo duro;  
mas si se colocare apareciendo,  
es viento, porque al viento la dorada  
luna se pone siempre colorada.

Mas si en su cuarta luz -que siempre ha sido  
pronóstico la cuarta, verdadero-  
con afilado cuerno y con lucido  
salire, aquel día todo entero,  
y los demás por todo el mes cumplido  
sin vientos lucirán, y el marinero  
dará sus votos, salvo en la ribera,  
a Glauco, a Panopea, a Melicera.

Y el sol, o cuando sale o cuando encierra  
sus rayos en las ondas, da señales;  
y el sol en sus señales nunca yerra,  
o salga por las puertas orientales,  
o láncese debajo de la tierra,  
y suban las estrellas celestiales:  
que lo que señalare el sol divino,  
certísimo sucede de continuo.

Que si cuando en Oriente se mostrare,  
con manchas esparciere su salida,  
y nube en la mitad de sí encerrare,  
su media redondez así escondida;  
no dudes de la lluvia si tardare,  
que ya de golpe viene, y de corrida  
el Noto, despeñándose furioso,  
a hatos, mieses y árboles dañoso.

Y si por entre el nublo espeso opuesto,  
por partes diferentes descubriere,  
nacido el sol, sus rayos, o con gesto  
la Aurora deslucido apareciere,  
del lecho de Titón, de flor compuesto,  
la hoja podrá mucho si pudiere  
las uvas defender, según saltando  
con el granizo el techo irá sonando.

Y aun es más de provecho el tener cuenta  
con cuando el sol, pasada su carrera,  
se parte ya del cielo, que presenta  
entonces cada vez de su manera  
su rostro, como vemos; que, si alienta  
la lluvia, es verdinegro; si la fiera  
pujanza de los Euros, tiñe luego  
su rostro de color de sangre y fuego;

y si del claro rostro el ardor puro  
con manchas a mezclarse comenzare,  
verás en un momento el aire oscuro  
hervir en lluvia y viento; y, si cerrare  
la noche, no será nadie tan duro;  
seralo el que en tal noche me rogare  
correr por la mar alta puesta en guerra,  
desamarrar la nave de la tierra.

Mas si y cuando el día el sol conduce,  
y cuando nos esconde el que ha traído,  
su redondez entera y pura luce,  
en vano el nublo entonces habrás temido;  
del cierzo, que a pureza le reduce,  
verás la selva y monte ser movido.  
Da el sol ciertas señales, finalmente,  
de todo lo que al campo es conveniente.

Él te dirá lo que la luz tardía,  
la estrella de la tarde te acarrea;  
él te dirá qué piensa el mediodía,  
el húmido africano qué desea,  
las nubes de dó el viento, y dónde guía,  
él hace que se entienda y que se vea;  
que ¿quién será tan tonto y tan osado,  
que diga que el sol burla o que es burlado?

También el sol avisa a la contina  
los ciegos movimientos que se ordenan  
las guerras que se emprenden, y adivina  
los fraudes que en secreto se encadenan  
del César en la muerte él mismo, indina  
por quien así los hados nos condenan;  
cubrió su luz, temieron los malvados  
siglos en noche eterna ser dejados.

Aunque también entonces y las tierras,  
y los tendidos mares señas dieron,  
las aves importunas y las perras;  
al Etna muchas veces todos vieron  
hervir y rebosar por campo y sierras,  
rompidas las hornazas que tuvieron  
los Cíclopes, y en bolas hecho el fuego  
lanzar y piedras, hechas polvo luego.

Sonó por todo el aire en Alemaña

de armas temeroso y gran sonido;  
tembló más de lo usado la montaña  
de los fragosos Alpes, y fue oído  
en los callados bosques son de extraña  
figura, y ya de noche oscurecido,  
fantasmas fueron vistas matizadas  
con formas y colores nunca usadas.

Hablaron los salvajes animales  
lo que no es de decir; el curso el río  
detuvo; abriose el suelo en los umbrales  
sagrados; sudó el bronce, lloró el frío  
marfil, y el Po, venciendo sus canales,  
con avenida enorme y desvarío  
las selvas trastornaba, y del ejido  
las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se hallaron  
señales de amenaza en la asadura  
que abría el sacrificio, y no cesaron  
los pozos de manar en sangre pura,  
ni las ciudades grandes se excusaron  
de oír aullar los lobos por la oscura  
noche, ni en luz serena el cielo y clara  
tantos rayos jamás de sí lanzara;

ni tantas veces nunca sé encendieron  
los aires con cometas. Y así avino  
que vieron otra vez, los campos vieron  
filipos los Romanos, que sin tino  
escuadras contra escuadras concurrieron;  
ni tuvo el crudo cielo por indino  
que Ematía por dos veces ¡ay! bañada  
con nuestra sangre fuese así engrosada.

Será que en algún tiempo, trastornando  
la tierra el labrador con corvo arado,  
los hierros de los dardos irá hallando,  
el hierro del orín casi gastado;  
y en los vacíos yelmos arrastrando  
encontrará con el ligón pesado,  
y rotos los sepulcros, allí espesos,  
con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,  
dioses, que os traspasastes della al cielo,

y tú, Remo, y tú, Vesta, a quien es caro  
el Tíbre turbio y el romano suelo;  
que al menos este mozo alto y raro  
socorra aqueste siglo envuelto en duelo;  
no os pese, que ya asaz con muertes duras  
penamos las troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano  
de ti nos tiene envidia, y se lamenta  
que más te ocupes, César, con lo humano,  
do en fuero o desafuero ya no hay cuenta,  
do yerve en guerras todo, do el insano  
furor en tantas formas se presenta,  
la esteva no se precia, los sembrados  
se yerman de cultores despojados;

llevados los obreros, se ensilvecen;  
las hoces se transforman en espadas,  
los Partos de una parte se embravecen,  
de otra las Germanias alteradas,  
los pueblos que vecinos más parecen,  
guerrean ya sus ligas quebrantadas,  
esparce por do quiera el Marte crudo  
lo fiero, lo sangriento, lo sañudo;

como cuando del puesto libre extiende  
el paso por el campo la cuadrega,  
y cuanto se adelanta más se enciende,  
y del correr las alas más despliega,  
y en balde el cuadreguero tira, y tiende  
las riendas, o le plega o no le plega,  
llevado de los potros, de las ruedas,  
que sordas a los frenos no están quedas.

## GEÓRGICA SEGUNDA

Aquesto cuanto al campo y su cultura,  
al tiempo y sus sazones dicho sea.  
Agora de las vides la postura,  
y de Baco mi voz cantar desea;  
de Baco y de otras ramas de frescura,  
con que se viste el monte y se hermosea:  
y de la verde oliva juntamente,  
que crece perezosa y lentamente.

Aquí ven ¡oh, Leneo!, aquí te aplica,  
pues aquí de tus dones todo es lleno:  
que a ti florece el campo, y fructifica  
del pampanoso otoño rico el seno,  
y la vendimia en las tinajas rica  
a ti hirviendo exprime vino bueno,  
y conmigo, y desnudos del calzado  
los pies, tiñe en el mosto así pisado.

Pues cuanto a lo primero, es diferente  
en lo que es el nacer del arboleda,  
su ley y condición; que sin simiente  
hay árboles que nacen, sin que pueda  
preciarse de ello el hombre; y finalmente  
se nacen de sí mismos, y no queda  
ni monte do no crezcan, ni ladera  
ni torcida corriente de ribera;

cual es el blando mimbre, la hiniesta,  
el álamo y el sauce verde oscuro,  
oscuro desta parte, y blanco desta;  
hay otros de más tosco ingenio y duro;  
no nacen sino de simiente puesta;  
así el castaño sube al aire puro,  
la carrasca en los bosques señalada,  
la encina de los Griegos consultada.

De las raíces de otros pimpollec  
un monte de renuevos casi entero:  
el olmo y el cerezo así parece;  
y en bajo la gran sombra del primero  
laurel, así el pequeño lauro crece:  
esto es lo natural, lo que primero  
natura estableció, lo con que cría  
las selvas y los montes cada día.

Sin esto hay otros modos diferentes  
del uso y del ingenio demostrados:  
unos las ramas verdes y recientes  
del cuerpo de sus madres desviados  
extienden por los sulcos; otras gentes  
entierran los pimpollos trasplantados;  
o plantan las estacas, con cabezas  
agudas o hendidas, en sus piezas.

Y árboles a las veces hay que miran  
forzados como en arcos en la tierra;  
sus ramos vivos prenden, y se admiran  
en ver cómo renacen; otro afierra  
plantado sin raíces, y ansí tiran  
seguros del suceso -que no yerra-  
los podadores las más altas ramas,  
y danles en el suelo hondas camas.

También -lo cual es grande maravilla-  
los troncos degollados, brota afuera  
oliva de cortada y seca astilla;  
y vemos muchas veces de lo que era  
mudarse uno en otro, y en la silla  
de la manzana injerta dulce pera;  
y vestirse de sangre y rojo fino  
la salvaje cereza en el endrino.

Pues, ea, ¡oh labradores!, poned mientes,  
y conoced qué formas de cultura  
serán a cada suerte convenientes,  
traed a mansedumbre las posturas  
salvajes con industria y diligentes;  
no duerman perezosas y seguras  
las tierras; la vid reine en el esquivo  
Ismaro, en el Taburno el verde olivo.

Y tú también aspira, y juntamente  
conmigo lleva al fin la comenzada  
labor, ¡oh, gloria mía! ¡oh, justamente  
la parte de mi fama más preciada,  
Mecenas!, y volando al mar patente,  
corre el abierto mar con vela hinchada;  
mas no pretendo yo en mis versos todo  
ponerlo, ni es posible en ningún modo.

No, si me fuesen dadas lenguas ciento,  
si cien voces, si voz de bronce duro;  
pues ven, ya hacia la costa alienta el viento,  
la tierra está en la mano; que no curo  
con versos de fingido fundamento,  
con versos de rodeo luengo, oscuro,  
con exordios prolijos y pesados  
fatigar tus sentidos ocupados.

El árbol que a luz viene y se levanta

de suyo, es el sin fruto; mas lozano,  
y fresco y muy valiente se adelanta,  
que el suelo le es conforme, propio y sano:  
y el mismo si se injiere o se trasplanta,  
lo montesino pierde y lo villano;  
y si en beneficiarlo perseveras,  
ligero seguirá por donde quieras.

Y por la misma forma se mejora,  
traspuesto en campo abierto, lo nacido  
estéril de hondo tronco; porque agora  
lo espeso de las hojas, lo tejido,  
la sombra de la madre dañadora  
lo tienen asombrado y revenido;  
si quiere llevar fruto, se lo quitan;  
si lleva, se lo queman y marchitan.

Mas si por caso el árbol de sembrada  
semilla se levanta, es muy tardío;  
dará sombra a los nietos, ya pasada  
la cuarta descendencia, en el estío;  
su fruta viene a menos, olvidada  
de su primero gusto y su natío;  
la vid dará racimos desmenguados,  
mesa de pajarillos desmandados.

Es ello así, que al fin a toda suerte  
de árboles se debe su cuidado,  
a todos su labranza, a todos fuerte  
brazo, que los reduzca a ley de arado,  
a todos mucha costa; mas se advierte  
que acuden más conforme al deseado  
de cepa las olivas, de sarmiento  
la vid; de firme estaca el mirto lento.

De planta y de postura el avellano,  
y el grande fresno nace, y la corona  
de Alcides, árbol alto, verde y vano,  
y el que del padre Epíreo se pregona;  
y el tronco de la palma soberano  
a este nacimiento se aficiona,  
y la derecha haya y muy subida,  
a ver los casos de la mar crecida.

Y en cuanto al injerir, el espinoso  
madroño sale habido de noguera;

y lleva en sí manzano poderoso  
el plátano, que estéril por sí fuera;  
la haya a la castaña da reposo;  
y el roble con las flores de la pera  
blanquísimo encanece, y vemos rota  
debajo de los olmos la bellota.

Ni es uno solamente, ni sencillo  
el modo del injerto y del escudo;  
porque por do la yema en el ramillo  
se lanza y rompe el velo haciendo ñudo,  
allí se hace un seno al arbolillo  
ajeno, en que metido aprenda el rudo  
en la corteza verde allí y jugosa  
soldando, incorporarse en una cosa.

O con aguda cuña en los cortados  
francos y lisos troncos hondamente  
por lo macizo hiende, y encastados  
los palos fructuosos brevemente,  
dellos con ramos verdes y poblados  
un árbol grande sale a luz patente;  
y admírase mirando el tronco lleno  
de nuevas hojas, de no su fruto el seno.

Y más allende de esto, de los fuertes  
olmos, del sauce y loto y del Ideo  
ciprés, no hay un linaje ni unas suertes;  
ni las olivas grasas sin arreo  
de un mismo talle todas; que, si adviertes  
hay luenga, hay ocal, hay las que creo  
que llaman pausia oliva, a quien ninguna  
igualada en amargura de aceituna.

Lo mismo en el manzano, en los frutales  
de Alcínoo, en los limones acontece;  
ni es una misma rama en los perales  
la Sira y la que en Crústume florece,  
las grandes y pesadas verdinales;  
ni la vendimia misma, que parece  
estar de nuestros árboles colgada,  
en Medina de Lesbo es vendimiada.

Hay vid de Tasia, hay blanca vid gitana;  
aquésta es para el grueso, espeso suelo,  
aquélla en el ligero más se ufana;

hay psitia, que entre todas alza el vuelo,  
para el bastardo vino, hay la temprana;  
hay la vestida de purpúreo velo;  
hay la doncel lageos, producida  
para tener el pie y la lengua asida.

Y a ti, rética uva, ¿con qué canto  
ahora te diré? Mas si te empino,  
no quiero que compitas tú por tanto  
con las bodegas del falerno vino;  
hay vides amineas, firmes cuanto  
serán ningunos vinos, que el más fino  
licor de lidio monte, el de Candía,  
les hace reverencia y cortesía.

Y la menor argés, con quien ninguna  
competirá en ser larga en vino, en vida;  
ni yo te callaré, ni a ti, vacuna,  
en racimos hinchada y muy crecida;  
ni a ti, agradable, rodia, más que alguna  
a los dioses, y al fin de la comida:  
mas sus linajes y sus nombres dellos  
no hay número que pueda comprendellos.

No hay número cabal, ni importa nada  
en número tenerlo reducido,  
que si quisiere alguno, o si le agrada  
saberlo, es desear tener sabido  
cuántas arenas turba en la espaciada  
playa de Libia el céfiro movido;  
o cuánta ola viene a la ribera,  
cuando el fiero Levante el mar altera.

Y advierte que tampoco es cada tierra  
buena para llevar toda arboleda;  
que el roble estéril en fragosa sierra,  
en la margen del río la sauceda;  
el chopo en el cenoso lago afierra;  
al mirto la ribera es cosa leda,  
y Baco los recuestos descombrados,  
y los cierzos al tejo ama helados.

Mira las tierras que en los fines doma,  
del mundo, el labrador, y las moradas  
del árabe, do el sol naciente asoma,  
las gentes gelonesas muy pintadas;

tierras que para sí cada una toma  
árboles, por do son diferenciadas;  
el ébano da sólo el indio feo;  
la rama del incienso es del sabeo.

¿Pues para qué es decirte del madero,  
de donde suda el bálsamo oloroso?  
¿Del fruto del acanto siempre entero  
en su verde vigor y siempre hermoso?  
¿Del bosque cano en lana, que el postrero  
etíope cultivó artificioso?  
¿Y cómo el indio oriente en la arboleda  
peina los blandos codos de la seda?

¿O las selvas que la India más vecina  
al Océano cría, seno extremo  
de todo lo poblado, a do se empina  
tan alto la arboleda, que al supremo  
cogollo de los árboles no atina  
enviada saeta con extremo  
de arte ni de fuerza; y es muy hecha  
aquella gente al arco y a la flecha?

Lleva la Media el agrio zumo, el duro  
sabor del feliz árbol, que ligero  
las veces que en el vaso amable y puro  
la madrastra cruel con pecho fiero,  
mezclando yerbas y no buen conjuro,  
inficionó el sencillo bebedero,  
viene más que otra cosa presto y bueno  
y lanza de las venas el veneno.

Es de grandeza el árbol señalada,  
y al lauro es por extremo parecido;  
y si de sí no diera derramada  
otra diversa olor, laurel nacido  
fuera; su hoja en sí tiene enclavada,  
por más que sople el viento embravecido:  
firme es su flor; con ella, el torpe aliento  
cura el medo y el viejo de años ciento.

Mas ni las selvas medas, rica tierra,  
ni el Ganges de hermosura rodeado,  
ni el Hermo, turbio en oro, que en sí encierra,  
puede ser con Italia comparado:  
no el llano bactriano, ni la sierra,

no el indio de mil bienes abastado:  
ni toda la Panchaya y sus arenas,  
de árboles y de incienso todas llenas.

No trastornan en ella los terrones  
toros, que por la boca espiran fuego;  
ni con sembrados dientes de dragones,  
en astas y en almetes vueltos, luego,  
se eriza la campaña de escuadrones;  
mas por do quiera que el mirar despliego,  
de mieses está llena, de viñedos,  
de olivas verdes, de ganados ledos.

De aquí el guerrero potro cuellierguido  
se muestra por el campo y verde prado;  
de aquí las blancas greyes, o el crecido  
toro, mayor ofrenda, en tu sagrado  
río, Clitumno, todo zabullido,  
mil veces a los templos han guidado  
de Roma los triunfos; y el verano,  
o siempre dura o viene más temprano.

Al año aquí dos veces los ganados  
esquilman; y dos veces los frutales  
son útiles con fruta; aquí hallados  
ni tigres son, ni fieros animales;  
ni son entre las huertas engañados  
con yerbas ponzoñosas y mortales  
los tristes que las cogen, ni consiente  
que se enrosque o extienda la serpiente.

Ayuntemos a esto el muy crecido  
número de ciudades señaladas;  
sus obras de trabajo no creído,  
tantas villetas fuertes, torreadas  
en los tajados riscos, donde han sido  
a fuerza de los brazos levantadas;  
y junto a los antiguos altos muros  
los ríos, que ya turbios van, ya puros.

¿Qué contaré dos mares, el que baña  
lo alto de la Italia y el Tirreno?  
¿Los lagos que embellecen la campaña?  
¿Tú, Lari, de espacioso y ancho seno?  
¿Tú, Bénaco, que en olas, furia y saña  
te ensalzas como un mar? ¿O será bueno

decir los puertos todos del Lucrino,  
sus muelles contra el ímpetu marino?

¿Sus muelles, y el enojo y los rumores  
de onda rebatida aunque resuena  
de lejos, y con voces no menores  
del agua Julia la admitida vena;  
lanzándose por medio los licores  
del lago Averno la canal Tirrena;  
y sobre todo aquesto tanta mina  
de oro, de metal, de plata fina?

De plata los arroyos, los metales  
de cobre que en sus venas ha mostrado,  
larga en mineros de oro, en minerales.  
La misma ha producido y levantado  
gentes de fama y de obras inmortales;  
gentes de firme pecho, denodado:  
los marsos, y la juventud sabela,  
y el Lígur, hecho al polvo y a la vela;

el Lígur, y los volscos, siempre armados  
de dardo y azagaya; y juntamente  
los Decios y los Marios, los preciados  
Camilos; y en las armas el ardiente  
valor de los Escipiones señalados;  
y a ti, César, que ahora en el Oriente,  
último de los límites romanos,  
alejás vencedor los indios vanos.

¡Oh, salve, de Saturno tierra amada!,  
grande madre de mieses, de varones  
tierra productora, aventajada,  
por tu respeto emprendo en mis renglones  
lo que enseñó y preció la edad pasada;  
y del Ascreo cisne las canciones,  
la sacra fuente osado descerrando,  
por los romanos pueblos voy cantando.

Agora es de decir la diferencia  
de tierras, el vigor de cada una;  
lo que podrán llevar, la conveniencia  
que algunos frutos tienen con alguna.  
La tierra, pues, sin jugo en apariencia  
de estéril, pedregosa, de ninguna  
o de espinosas matas; los collados

escasos, arcillosos y delgados;

y la selva de Palas, vividera,  
do gozan, y es señal que en ellos crece  
gran copia de acebuche, y por do quiera  
la silvestre aceituna se parece  
sembrada por el suelo. Mas la entera,  
la gruesa, la que el dulce humor bastece,  
el de espeso y jugoso y fértil seno,  
el campo de copiosa yerba lleno,

cual vemos muchas veces ser los valles  
sujetos a los montes, do caminan  
arroyos de los riscos, que llevalles  
útil grosura suelen; que se inclinan  
al ábrego; que crían, sin sembralles,  
helechos que las rejas abominan:  
éste, pues, te dará muy poderosas,  
y en vino largas vides y abundosas.

Aquéste es fértil de uva, aquéste en vino,  
cual es el que en las anchas tazas de oro  
se vierte en el altar, cuando el divino  
músico sopla ya el marfil sonoro,  
y vuelve al sacrificio lo que es dino  
en fuentes vaheando el sacro coro.  
Mas si te aplicas más a los ganados  
de cabras -bien que abrasan los sembrados-,

de ovejas y de vacas, al baldío  
caminad de Tarento, el abastado;  
o cual aquel florido campo mío,  
que fue a la triste Mantua mal quitado,  
que pace blancos cisnes en el río,  
que abunda en fuente pura, en verde prado;  
y cuanto corta el diente en luengo día,  
repara en breve noche el agua fría.

La tierra negra casi, y que rompida  
en bajo el corvo arado, su grosura  
te muestra, la que está como podrida  
-que aquesto mismo arando se procura-  
es tierra para mieses escogida:  
de tierra no verás por aventura  
venir a tu morada perezosos  
de bueyes tantos carros tan copiosos.

O donde el labrador con mano airada  
el campo desmontando, trujo al suelo  
la selva muy antigua, ociosa, holgada;  
y de cuajo arrancó sin ningún duelo  
las casas poseídas, la morada  
antigua de las aves, que hacia el cielo  
volaron dando cantos doloridos,  
dejando sus amados, dulces nidos.